

Y la sociedad se burla de su infortunio, y la deshonra, y tiene leyes para castigar al que roba un pedazo de pan para matar su hambre, mientras mira con indiferencia ó saluda con aplausos, al cobarde que arranca la dicha y la fé del alma de la muger.

¡Tú que eres “muger perdida” y que solo has probado el dolor en este mundo, que Dios encienda la fé en tu corazon para que siquiera al morir vislumbres la felicidad!



CÀDIZ.

A MI AMIGO JACOBO D. URTETEGUI.

Oh, never talk again to me
Of northern climes and British ladies
It has not been your lot to see,
Like me, the lovely girl of Cadiz.
BYRON.

CONCHA de nácar que la mar sustenta
Sobre sus limpias ondas de esmeralda,
Que cuando el sol sin nubes se presenta
Toma el color süave de la gualda.

Las perlas son que encierras con usura
Voluptuosas y lánguidas mugeres
Que brindan con ensueños de ventura
En su regazo, trono de placeres.

Si Mahoma te hubiera contemplado,
Su sensual Paraíso te juzgara,
Y al moribundo turco enamorado
Cual premio de su fé, te señalara.

Las que ofrece el Koran, lindas huríes
No compiten en gracia con tus hijas,
Pues murmuran sus lábios de rubíes
Voces que quedan en el alma fijas.

Son sus ojos de oscuro terciopelo,
Del color de la luna sus semblantes,
Sus contornos de arcángeles del cielo,
De abejas sus cinturas elegantes.

¡Con qué primor manejan la mantilla
De ténue blonda que la brisa mueve,
Y en bellos pliegues baja á la rodilla
Al marchar con donaire su pié leve!

Cuando repican con la linda mano
Las castañuelas vivas y risueñas,
Alegres danzan el jaleo liviano
Que del cetro de amor las hace dueñas.

Envidia el ruiseñor su dulce acento
Al modular canciones populares,
Que derraman suavísimo contento,
Y repiten las brisas de los mares.

Románticas doncellas gaditanas,
Eclipsan vuestros rostros seductores
A las clásicas bellas venecianas,
Modelos de poetas y escultores.

Las divinas *períes* que en su sueño
Los vates de la Persia contemplaran,
Al despertar del plácido beleño
Con gozo en vuestras formas encontraran.

Eres hija ¡ciudad resplandeciente!
Del purísimo sol del Mediodía,
Que besa con afán tu ebúrnea frente
Con sus fuegos radiantes de alegría.

El mar tiende á tus piés su rica alfombra
Bordada con espumas argentinas,
Cuando brilla la luna entre la sombra,
Coronada de estrellas diamantinas.

En tus noches brillantes y serenas,
Llenas de paz, misterios y hermosura,
Solo se oyen las dulces cantilenas
En que espresa el amante su ternura.

Cual florones de gasa trasparente
Tus nubes flotan en el éter vago,
Cuando se oculta el sol en Occidente
Al tributarte su postrer halago.

Bajo el cerúleo pabellon del cielo
Tu blanco caserío se dibuja,
Nadando cual un témpano de hielo
Entre las ondas que la brisa empuja.

Mil bajeles adornan tu bahía
Tremolando sus flámulas vistosas,
Que te traen presentes de valía
Desafiando las olas tormentosas.

Coronadas de aéreas torrecillas
Aparecen tus casas elegantes,
Con fachadas hermosas y sencillas,
Con cierres de cristales rutilantes.

Bello es entrar en el recinto augusto
De tu marmórea Catedral hermosa,
Donde se acoge el perseguido justo
Huyendo de la vida borrascosa.

Una guirnalda de olorosas flores
Tu alameda frondosa te presenta,
Refrescada por claros surtidores
Cuyo murmurio su belleza aumenta.

Allí desde tu torre de *Tavira*
Vense las playas de Africa de léjos,
Luego que el sol que en el espacio gira
Hacia aquel rumbo lanza sus reflejos.

Desde tu ancha muralla se descubren
Vistas de mar, de costas y de montes;
Y los crespones de la bruma encubren
Allá muy léjos, lindos horizontes.

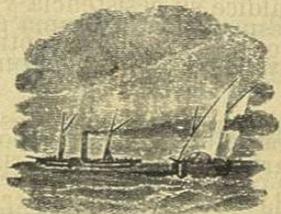
Defienden tu recinto delicioso
Castillos coronados de cañones
Que dicen con acento estrepitoso:
¡Respetadlo! á todas las naciones.

Tú eres ¡Cádiz! morada de delicias,
Llena de luz, de músicas y flores;
En tu seno se gozan las primicias
De la mansion de eternos resplandores.

Serrallo alabastrino de sirenas
Donde el amor prodiga sus aromas;
Blando nido de cándidas arenas
Donde se abrigan garzas y palomas.

Jamás olvidaré los dulces días
Que viví en tu recinto voluptuoso;
Disfrutando de puras alegrías
Bajo tu clima ardiente y delicioso.

1849.—MÁRCOS ARRONIZ.





Magdalena.

LA CAPILLA

DEL SEÑOR

DEL HOSPITAL.

(MAGDALENA.)

Dieu seul est grand!
BOSSUET, Oraisons funébres.



N uno de los lados del cuadro que forma la triste plaza de Texcoco, se halla como embutida entre las casas una modesta y sencilla capilla que se llama del Señor del Hospital. No se engalana con cúpulas soberbias, ni elevadas torres, ni la anuncia la grave voz de la campana, ni el acento magestuoso del órgano....No, el templo del Señor está

abandonado entre las moradas del hombre, como la margarita cae en el cieno del mundo.

La iglesia es muy pequeña, no ostenta grandes riquezas, no brilla allí el oro, ni resplandecen los diamantes: en las paredes están pintadas al fresco las escenas de la pasión de Cristo, de ese drama terrible en que la víctima es un Dios, y en que son pequeños sus bárbaros martirios, comparados con su amor infinito al género humano. Las pinturas no son una obra maestra, y en ciertos puntos no reciben una luz conveniente; sin embargo, hay algunos rasgos atrevidos, las figuras desprenden bien, el colorido es puro, y si hay algunos grados defectuosos por recargados, en la fisonomía del Salvador se observa que el artista sentía con fuerza lo que pintaba.

En el fondo de la capilla se eleva el altar con alguna elegancia, y sobre él se mira una urna de cristal que encierra una imàgen de Cristo muerto por el hombre. Los mil adornos de la urna no dejan ver la escultura. Esta imàgen es el Señor del Hospital, reverenciado en todos los pueblos de la comarca.

Y este es todo el templo, toda la casa de Dios. No hay allí columnas galanas, ni atrevidas bóvedas, ni esfuerzos del arte, ni joyas y deslumbradoras pedrerías. Pero esa sencillez es poética y religiosa, es el recogimiento del alma, en vez del esplendor del mundo que llega hasta los altares.

Aquella capilla, siempre abierta à las oraciones de la desgracia y de la fé, ha dejado en mi alma recuerdos que no morirán jamás. No es la memoria de monumentos que admiran los sentidos, no; son todas emociones íntimas y puras, impresiones profundas y duraderas

A la hora del medio día, cuando el ardor del sol no nos deja vagar por las campiñas, cuando no se encuentra nada que mate el fastidio, entraba yo à la capilla solitaria. en ella he pasado horas enteras meditando. Unas cuantas velas ardían en el templo, no vagaban en derredor del altar nubes de mirra, ni de incienso; pero junto al ara se veían las ofrendas de los fieles. . . . eran los lirios y las azucenas, los claveles y las rosas, que eshalaban su perfume delicioso. . . No acudía al templo la multitud; pero se escuchaban sollozos de dolor: sobre el pavimento rodaban las lágrimas del desgraciado. . . . era el huérfano que lloraba à su padre, y acudía al Padre de todas las criaturas: era la madre que afligida rogaba à Dios por la suerte de sus hijos: eran hombres y mugeres que lloraban y ocultaban sus lágrimas: era el infortunio y el dolor. . . . era el arrepentimiento.

Y cuando ellos golpeaban su frente contra el polvo, cuando habian vertido sus lágrimas y regado con ellas el templo del Señor, en su rostro brillaba la calma y la esperanza. . . . ¡Qué sublime es la oración! Es la criatura elevada hasta el Criador, es el vuelo del alma que se re-

monta hasta los cielos, y bebe allí el puro bálsamo del consuelo y de la fé.

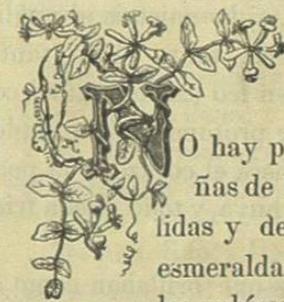
Y en la última hora de la tarde, qué poética era la capilla solitaria; retumban los pasos en el silencio, la sombra crece, la luz se debilita, y un rayo moribundo del sol cae sobre la urna de cristal que brilla encendida con todos los esplendentes colores del iris. Una claridad opaca y misteriosa ilumina el santuario, y luego la tiniebla se difunde sobre los altares.

En aquella triste oscuridad, en aquel poético silencio, respirando el aroma de las flores, y escuchando la plegaria de la desgracia, ¡qué pequeño para el mundo! ¡qué locos é insensatos los deseos del corazón! Despreciando la tierra y sus encantos mentirosos, el alma comprende que “solo Dios es grande.”

1849.—FRANCISCO ZARCO.



EL DIAMANTE.



O hay piedra mas bella en las entrañas de la tierra: junto á ella, son pálidas y descoloridas las ágatas y las esmeraldas; son opacos los zafiros y los rubíes; no tienen brillo los topacios ni los jacintos; porque el diamante es una gota de luz purísima, es una estrella que deslumbra con sus fulgores. Todo ante él oscurece, como se apagan los astros en el cielo, al nacer el sol en el Oriente.

La luz radiante de esta piedra, su brillo esplendoroso, sus mil rayos brilladores fascinan y deslumbran nuestra vista; si una sola vez la miramos, siempre conservamos de ella un recuerdo brillante como sus fulgores! ¡Qué bello luce el diamante cuando engalana la tersa frente de una muger á quien se adora! ¡Qué mágica es su luz cuando adorna esos soles de oro, en que se venera al Dios de los cristianos!

El diamante parece una chispa desprendida del sol, son mas hermosos sus destellos que los del rocío en que se reflejan los colores del íris; es mas limpia su luz que la del cristal; es en fin la mas admirable, la mas bella de todas las piedras preciosas, y no hay metal que iguale su esplendor.

Pero si fascinada la imaginacion, veis el diamante con los ojos frios de la ciencia, si lo sujetais al análisis desorganizador de la química, tanto brillo, tanta hermosura, la vereis tornarse en feo carbon, en vil ceniza. . . . Así, cuando todo se profundiza demasiado, cuando indaga la mente, y muere el corazon, la poesía se desvanece, la hermosura huye, y todo queda frío, desanimado.

Las mas bellas ilusiones, las que brillaban como el diamante, al soplo del mundo, se tornan tambien en ceniza, en nada, y el alma tiene la horrible ciencia del desengaño.

A S. LEON I.

A mi querido amigo el Señor Don Manuel Carpio.

«Es llegada tu vez.» Así ante el muro
De Roma Atila vengador esclama:
Su diestra agita pavorosa llama,
Y muerte anuncia ó cautiverio duro.

Huye el pueblo infeliz, y mal seguro
Los templos llena, y sin defensa clama,
Y en el mármol sus lágrimas derrama,
Y quema en el altar incienso puro.

Mas tú, Santo Pastor, solo y sereno
Te presentas al bárbaro delante;
Coges las riendas y el corcel refrenas:

Alzas la humilde cruz del Nazareno;
Y al retirarse el rey, vuelve el semblante
A las torres y cúpulas y almenas.

ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDOR.